

La comunidad coreana de Buenos Aires. Una experiencia de convivencia intercultural.

Carolina Mera¹

En el presente artículo nos proponemos reflexionar sobre la experiencia de organización comunitaria de las personas provenientes de Corea del Sur desde 1962 hasta la actualidad. En primer lugar nos centraremos en el desarrollo histórico y el proceso de instalación del grupo en la Argentina durante estos 45 años. En segundo lugar expondremos las características de los espacios de sociabilidad comunitarios. Finalmente, trabajaremos una reflexión acerca de la producción de identidades² en la comunidad coreana de Buenos Aires, enmarcada en el diálogo que el grupo establece con los no-coreanos.

A partir del año 1965 puede hablarse de una inmigración coreana en la Argentina. El número de población proveniente de Corea del Sur en la Argentina alcanzó su punto máximo en el año 1990, cuando llegaron a residir aproximadamente unas 42.000 personas de este origen. La mitad de esta población llegó entre los años 1984 y 1989, instalándose principalmente en la provincia y en la Ciudad de Buenos Aires. En los años 2000 y 2001 habían descendido a 25.000 personas y en 2003 a 15.500 personas, ascendiendo en 2007 a 21.500 personas.

UN POCO DE HISTORIA

Los primeros coreanos que llegaron a Argentina lo hicieron en los años 1956 y 1957: trece militares norcoreanos, prisioneros de guerra a quienes se les dio la opción de emigrar a otro continente. Más tarde, en 1962, llegarán por tierra algunos migrantes coreanos provenientes de Bolivia y Paraguay. De esta manera, cuando en 1965 desembarcan quienes arribaron en el primer barco oficial de inmigrantes coreanos ya había muchas familias viviendo en nuestro país. Los contingentes que llegan al país desde 1965 y hasta fines de la década de 1980 se componen de familias que se asentarán en colonias agrícolas en el interior del país, y gradualmente irán instalándose también en las ciudades. Esta migración responde a las políticas de población del gobierno de Corea que fomentó la “emigración en grupo” de familias para establecerse en áreas rurales³.

En abril de 1984 se firma el Acta de Procedimiento para el ingreso de inmigrantes coreanos a la Argentina⁴, por el que entrarán en los siguientes cinco años, más de 20.000 personas. Este nuevo flujo migratorio se diferencia de los anteriores porque traen capital para invertir y migran de

¹ Directora del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Profesora Titular de la materia China, Corea y Japón” en la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del CONICET.

² Siguiendo diferentes concepciones no esencialistas, entendemos la noción de identidad, como una construcción posicional y narrativa, cuya particularidad es la de ser siempre relativa y dinámica. En la estructura narrativa, las múltiples identidades son aprehendidas como una suerte de visión del mundo compartida por un grupo histórico particular. Leonor Arfuch. “Identidad y discurso. Espacios de lo biográfico”, en revista *Signo & Seña* n° 1. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, noviembre de 1962; Stuart Hall. “Who needs identity?”, en Stuart Hall y Paul du Gay: *Questions of cultural identity*. Londres, Sage, 1997; Min Pyong Gap y Rose Kim. *Struggle for ethnic identity*. Altamira press, 1999.

³ Véase, de Lee Kyo Bom, *La migración coreana en la Argentina* (publicado en coreano), 1992; de Mirta Bialogorski, *La presencia coreana en la Argentina. Construcción de una experiencia migratoria*. Tesis de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, 2004; y de Carolina Mera, *Coreanos en la Argentina: 40 años de Historia*, en Carolina Mera, Liliana Cosiansi y Carmen González (compiladoras). La Plata, Editorial Al Margen, 2005.

⁴ Véase, de Martín Saravia, “La emigración coreana en la República Argentina”, en: *Corea. Antigüedad y actualidad* (Liliana García Daris, compiladora). Buenos Aires, EUDEBA, 1988.

una Corea moderna e industrializada. En este período podemos señalar la consolidación de la comunidad coreana en nuestro país. En trabajos anteriores hemos delineado dos momentos en el proceso de instalación: uno, que podríamos llamar la “época de oro de la migración coreana en la Argentina” –desde fines de la década de 1980 hasta principios de 1990, momento en el que se consolida la organización institucional–, y otro, que acompaña la agudización de la crisis económica que vivió nuestro país, caracterizado por la constante disminución cuantitativa y pérdida de espacios de sociabilidad de la comunidad⁵. Evolución que puede observarse en el cuadro de residentes coreanos en la Argentina, de 1965 a 2007⁶.

LA LLEGADA A BUENOS AIRES

Si bien los primeros emprendimientos se dirigían hacia colonias rurales, estos no prosperaron por la mala evaluación de las condiciones de las tierras en función de los proyectos planificados, porque mucha de la población no tenía experiencia rural, y por la falta de infraestructura básica. Por estas razones, muchas familias se trasladaron a las ciudades para poder prosperar en sus economías y en la calidad de vida.

Desde muy temprano, adoptaron una fuerte tendencia a concentrarse en ciertos barrios de Buenos Aires. Primeramente se establecieron en villas de emergencia, como la de Retiro, para luego asentarse en barrios como Villa Soldati, Villegas, el complejo departamental de Ciudadela, y en Presidente Mitre, en el bajo Flores. De esta época data el nombre del barrio Rivadavia, que reúne la principal concentración de coreanos en la ciudad de Buenos Aires hasta la actualidad: Baek-ku (109)⁷. La llegada a las villas significó un descenso en el estatus que tenían en su país, ya que provenían de los sectores medios de la sociedad. Entre ellos se contaban médicos, profesores universitarios y secundarios, un técnico de televisión, varios religiosos, empleados públicos y administrativos.

Con el tiempo se irán concentrando en pocos barrios donde coinciden con las actividades de producción textil y, a medida que mejora la situación económica, se desplazarán hacia calles de la zona de un nivel medio, para terminar conformando el barrio de Baek-ku. Desde los inicios, la formación del barrio fortificó la cohesión del grupo al mismo tiempo que marcó de manera muy particular el tipo de diálogo establecido con otros grupos migrantes y con la sociedad receptora. Los lazos sociales intracomunitarios se articularon alrededor de algunas instituciones étnicas, como ser las iglesias y asociaciones de diferentes pertenencias establecidas en el barrio de Baek-ku. Ellas funcionaron como los espacios sociales donde se creó un sentido del pasado colectivo a través de diferentes formas de conciencia histórica (relatos, ceremonias conmemorativas, genealogías), constantemente transformadas con relación a su significación presente. Aún hoy, a 43 años de su llegada, las iglesias priorizan la enseñanza de la cultura y de la historia de Corea. El culto se da en coreano, siendo los pastores y los padres de ese mismo origen. Las personas necesitan de esta red para formar parte de la “sociedad coreana de la Argentina”, razón por la cual la estrategia religiosa se vuelve estructurante de la vida comunitaria y comienza a trascender los límites de la fe. Las iglesias tienen un fuerte rol educador y son en gran medida responsables de las camadas de jóvenes “bilingües”. Finalmente, brindan también la posibilidad de obtener un estatus y una posición social; las iglesias, al igual que otras asociaciones, producen nuevas jerarquías que diferencian a unos de otros, estableciendo nuevos códigos de estatus.

⁵ Carolina Mera. *Globalización e identidades migrantes. Corea y su diáspora en la Argentina* (en prensa).

⁶ Elaboración propia con datos obtenidos de las instituciones de la comunidad coreana de la Argentina, de Lee Kyo Bom (*Op. cit.*), de la Dirección de Migraciones del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, y de la Dirección de Migraciones del Ministerio de Relaciones Exteriores y Comercio de Corea (2005-2007).

⁷ Número del bus que unía la Estación de Retiro con el Bajo Flores.

Así, las iglesias se vuelven instituciones multidimensionales que involucran prácticas religiosas, étnicas, políticas, económicas, culturales y sus respectivas combinaciones. Es decir, las funciones y las actividades de las iglesias no deben ser entendidas sólo dentro de un marco religioso, sino como estrategias socio-políticas, individuales, familiares y grupales. Hay personas que participan por motivos religiosos y espirituales, y otras que concurren por motivos prácticos o utilitarios.

En 1966 se funda la Iglesia Unión Coreana en la Argentina, primera iglesia evangélica coreana en el país, y la Asociación de Coreanos en la Argentina; en 1967 se abre el primer taller textil de propietarios coreanos; en 1969 se funda la Iglesia Chae-II (una de las más grandes); y en 1970 se abren los primeros comercios de ropa de propietarios coreanos en el barrio de Once, que crecerán cuantitativamente. Se ponen en circulación el primer semanario y dos de los periódicos en coreano que todavía se editan.

En la década de 1980 se constata un gran crecimiento económico en el área textil: fábricas, talleres, comercios al por mayor y menor, y se crea la Asociación de Comerciantes Coreanos. Vemos que la vida comunitaria experimenta un proceso de crecimiento cualitativo acelerado, que se consolidan las asociaciones existentes y que surgen nuevas, como la Asociación de Profesionales Universitarios Coreanos, la Asociación de Universitarios Coreanos en la Argentina, Medicina Integral Koreana, el Instituto Coreano Argentino, y nuevos periódicos, además del Centro de Información de la Cultura Coreana en la Argentina, la Asociación de Escritores, etcétera. También en Baek-ku vemos este crecimiento cualitativo. Se encuentran allí todo tipo de comercios con carteles en coreano: panaderías con productos típicos, video-clubes con los títulos en coreano, casas de modas y de belleza, peluquerías, dentistas, garajes, vidrierías, talleres mecánicos, supermercados con productos coreanos, casas de arroz, restaurantes, pescaderías, agencias inmobiliarias, casas de computación, casas de regalos, florerías, una librería y una biblioteca circulante, casas de fotografía, el Golf Shop, la Confederación Argentina de Tae Kwon Do, estudios contables, farmacias, casas de remises, agencias de viaje y turismo, etcétera.

El ritmo de la creación de las asociaciones y redes comunitarias se debe a dinámicas que responden a los distintos momentos de la instalación del grupo. Gracias al vínculo establecido con personas que participan de esas redes, y a la confianza y a la solidaridad de los coterráneos, se implementan intercambios y se obtienen diferentes tipos de recursos que les permiten superar algunos de los obstáculos propios de migrar a un país que no brindó ningún tipo de política de planificación migratoria. Durante las décadas de 1960 y 1970 primaron las asociaciones que se nucleaban en base a vínculos existentes en el país de origen, mientras que a partir de 1985 se afianzan las asociaciones que tienen que ver con la vida en nuestro país. Se trata en todos los casos de redes que trascienden las fronteras nacionales, estableciendo vínculos e intercambios con comunidades coreanas del Brasil, Paraguay, México y los Estados Unidos.

SOCIABILIDAD EN LA CIUDAD

Como ya hemos mencionado, los centros de culto son el punto focal de la interacción de la mayoría de los inmigrantes y el centro de la vida comunitaria. A través de los encuentros en la iglesia se hacen amigos, se intercambia información sobre trabajos, escuelas para chicos, negocios, servicios y beneficios sociales. Estas redes posibilitan el éxito de la reproducción de las pautas culturales propias y una beneficiosa inserción en el nuevo contexto.

También la familia tiene un rol muy importante en este modelo de organización social y en el proceso migratorio. Se trata de un esquema de relaciones sociales marcado por las diferentes ideologías que atravesaron el pensamiento tradicional de Corea a lo largo de la historia: chamanismo, budismo, confucianismo, y más tarde el cristianismo, que se cristalizan en una suerte

de sincretismo ideológico⁸, presente en niveles de mayor y menor tensión, en las familias de nuestro país, entre las primeras y segundas generaciones.

La familia extendida da paso a la familia nuclear moderna, dejando la responsabilidad de la socialización cada vez más en otras instituciones, como las iglesias y escuelas. Los ancianos pierden el rol de sabios y guías que tenían tradicionalmente a causa del no conocer los nuevos lenguajes, manejo de espacios y tiempos, formas de pensar y debido a las nuevas situaciones. Por su adaptabilidad al nuevo contexto y a la lengua, los hijos son los intermediarios culturales entre padres y abuelos y los no-coreanos, generando en muchos casos situaciones conflictivas al seno del hogar por causa de la tensión entre las expectativas de los adultos y los comportamientos de los jóvenes, que se han socializado en las instituciones locales. Es la mujer quien mediatiza las diferentes posiciones garantizando la continuidad de la organización del grupo en los valores étnicos. Es por esta razón que si bien ella cambia muchos comportamientos, sigue respetando y reproduciendo el modelo tradicional. Esta dinámica que adquiere la organización familiar, posibilita una buena inserción en el nuevo contexto ya que contribuye al éxito en el establecimiento de sus propios negocios y a partir de interminables jornadas de trabajo, alcanzan el ahorro necesario para crecer materialmente⁹.

La mayor parte de la actividad económica se concentró en la pequeña y mediana industria textil y en el comercio de indumentaria, mayorista y minorista, en los barrios de Once y en la avenida Avellaneda. En general, los miembros de la colectividad coreana han protagonizado un acelerado proceso de movilidad social ascendente que se debe al tipo de organización social que predomina en la comunidad, a una rígida disciplina de trabajo que traen del país de origen, y a los sistemas de ayuda intracomunitarios¹⁰.

El éxito económico les permitió invertir en el futuro de sus hijos a través de la educación secundaria y universitaria, y esto se refleja en la presencia de estudiantes coreanos en los mejores colegios de la ciudad, en la cantidad de profesionales coreanos graduados en nuestras universidades, así como en la diversidad de profesionales de origen coreano en diferentes ámbitos públicos y privados¹¹.

Las diferencias generacionales dan cuenta fundamentalmente del cambio en el sistema de valoraciones de la experiencia de adhesión étnica, ligada a los niveles de adaptabilidad a la sociedad argentina. Esto genera actitudes de diferenciación cultural entre unos y otros que se dirimen en un proceso interno de negociación. Los jóvenes se argentinizan cada vez más sin perder su condición de coreanos y los padres se aferran a la cultura étnica, aceptando las nuevas formas que imponen los hijos. Vemos surgir una camada de jóvenes que podríamos llamar “biculturales”: mantienen el idioma y las prácticas culinarias de Corea, los comportamientos tradicionales al interior del hogar, se casan en mayor proporción con coreanos, pero al mismo tiempo adoptan el castellano, se

⁸ Especialmente el confucianismo, definido por el respeto a las jerarquías, el empeño por el trabajo, el gusto por los ritos y el protocolo, la piedad familiar rigurosa y el respeto supremo a los letrados, representados principalmente en el amor familiar y el culto a los ancestros. Este sistema de creencias se basa en relaciones establecidas jerárquicamente.

⁹ Es un sacrificio que hace toda la familia, pero es en la figura de la mujer donde reposa una de las claves del éxito del grupo familiar. Véase, de Carolina Mera, *La inmigración coreana en Buenos Aires. Multiculturalismo en el espacio urbano*. Buenos Aires, EUDEBA, 1998.

¹⁰ Gran parte de estos pequeños comerciantes poseen títulos profesionales de dentistas, farmacéuticos, contadores, historiadores, artistas, etcétera. Sin embargo, la dificultad en el idioma, la imposibilidad de revalidar los títulos y la naturaleza de este tipo de negocios (puede trabajar toda la familia, fijan sus propios tiempos, permite utilizar al máximo el capital invertido) explican la tendencia al trabajo comercial.

¹¹ Aunque, como ya hemos mencionado, y al igual que los jóvenes no-coreanos de origen italiano, español, etcétera, muchos de estos jóvenes eligieron el camino de la reemigración luego de las crisis de los años 1989 y 2001. Véase, de Roberto Aruj, *Por qué se van. Exclusión, frustración y migraciones*. Buenos Aires, Editorial Prometeo, 2004.

manejan con soltura en ámbitos no comunitarios, incorporan comidas locales y mantienen amistad con personas no coreanas. Son jóvenes preparados para experiencias de convivencia intercultural.

COMUNICACIÓN Y CONFLICTO

Podríamos enumerar los aportes que el grupo de migrantes coreanos hizo a nuestro país, desde lo económico y comercial a lo recreativo, cultural y humano. Sin embargo, el aporte más importante, el que nos enriquece como colectivo y como ciudadanos de este mundo cada vez más interconectado, es aquel que aparentemente genera mayores conflictos: la evidencia de la biculturalidad como modo de organización social. En la Argentina, el discurso hegemónico exige la asimilación de las minorías culturales, tiende a remarcar las situaciones de conflicto y a mostrar las diferencias en forma negativa, subrayando aquellos puntos que infringen las normas culturales dominantes¹².

Con la llegada masiva de inmigrantes coreanos (entre 1985 y 1990), aparece en el discurso local un fuerte sentimiento de rechazo hacia esta colectividad, se instalarán en los medios de comunicación discursos fuertemente discriminadores que los asocian a atributos negativos como “explotadores”, “invasores”, “cerrados”, entre otros. Este momento coincide, en la década de 1990, con la emergencia de discursos xenófobos y discriminadores hacia las poblaciones migrantes en general, a causa del intento de la Dirección de Migraciones del Ministerio del Interior por endurecer las condiciones de ingreso al país de los inmigrantes¹³. Los medios de comunicación, en los años '90, se hicieron eco de estos discursos¹⁴. Retomaremos algunos que refieren a la migración coreana: “Denuncian que un grupo de coreanos explota a inmigrantes ilegales” (*Clarín*, del 20 de abril de 1993); “Operativo en el ‘Barrio Chino’ en busca de coreanos explotadores. Inspeccionan 26 comercios de Floresta” (*Clarín*, del 21 de abril de 1993); “Se comprobó que hay coreanos explotadores. La esclavitud que llegó de Oriente se quedó en Flores Sur” (*La Nación*, del 21 de abril de 1993); “Instalarán medidores de luz en las villas porteñas. Los villeros pagarán, ¿y los coreanos? En el bajo Flores los coreanos también roban la electricidad” (*La Nación*, del 14 de julio de 1993); “Allanan seis fábricas truchas donde explotaban a los obreros. Fue en Flores. La DGI buscaba evasores. Los dueños son coreanos” (*Clarín*, del 25 de diciembre de 1994); “Coreanos, después de la invasión” (Revista del Domingo del diario *La Nación*, de 1997); “La historia oculta de ropa que se vende a precios muy bajos. Los dueños de los negocios son coreanos, chinos, y bolivianos” (*Clarín*, del 1º de febrero de 2000).

Como es de suponer, la agresividad discursiva hacia este grupo migratorio tendrá sus consecuencias en la forma de comunicación con la sociedad global. El diálogo intercultural forma parte de una relación dialógica que responde, por un lado, a la dinámica de una colectividad que

¹² Carolina Mera. “Hegemonías culturales y discriminación. El caso coreano en Buenos Aires”, en Severin Durin (coordinador): *Entre la diferencia y el estigma. Etnicidad y procesos diferenciados de inserción urbana*. México, Co-edición CIESAS-EGAP, 2007.

¹³ Susana Novick. “Evolución reciente de la política migratoria argentina”. Ponencia presentada a la XXV International Population Conference. Tours, Francia, 2005.

¹⁴ Gerardo Halpern. “Neoliberalismo y migración: paraguayos en la Argentina en los noventa”, en revista *Política y Cultura* n° 23. México, Universidad Autónoma de México Xochimilco, de la primavera de 2005; Diego Casaravilla. “¿Ángeles, demonios o chivos expiatorios? El futuro de los inmigrantes latinoamericanos en la Argentina”. Informe final del concurso “Democracia, Derechos Sociales y Equidad; y Estado, Política y Conflictos Sociales”. Programa Regional de Becas CLACSO, Buenos Aires, 2000; Carolina Mera. “Hegemonías culturales y discriminación. El caso coreano en Buenos Aires”, en Severin Durin (coordinador). *Op. cit.* Gabriela Itzcovich y Roxana Santamaría. “Percepciones hacia la migración reciente: el caso de los coreanos y paraguayos residentes en Capital Federal y Gran Buenos Aires”, en *Relaciones Interculturales: experiencias y representación social de los migrantes* (Carolina Mera y Néstor Cohen, compiladores). Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2005; Susana Novick, Enrique Oteiza y Roberto Aruj. *Inmigración y discriminación*. Buenos Aires, Editorial Globos, 1998.

crece, se complejiza y construye su identidad; y por otro lado es resultado del tipo de diálogo entablado entre los diferentes grupos, basado en una fuerte actitud discriminatoria que menosprecia su cultura. Esta imagen que la sociedad receptora les devuelve sobre ellos mismos será retomada por el grupo como parte constitutiva de la nueva identidad colectiva.

Así, la adhesión étnica de los jóvenes se da en su experiencia de estar *in between*¹⁵. Estos jóvenes evidencian un alto grado de incorporación a las estructuras sociales de nuestro país a la vez que mantienen fuertes lazos de sociabilidad y de adhesión a la identidad comunitaria. Esta característica es posible gracias a su doble condición cultural: en la casa y en las asociaciones comunitarias internalizan las pautas del grupo étnico mientras que en el colegio y en otras instituciones secundarias incorporan los patrones de comportamiento locales. Sin embargo, en nuestro país, la tensión constante entre ambas culturas los hace víctimas de una suerte de conflicto permanente. Los estereotipos negativos de la representación sobre “lo coreano” generan dos actitudes: en algunos casos la agresión externa fortalece los lazos de cohesión intragrupal; en otros, aparece un mecanismo de distanciamiento del grupo, llegando incluso a la negación de sus propias familias. Es el caso de los jóvenes que manifiestan avergonzarse de muchas de las costumbres practicadas en la casa (sus padres no hablan bien el castellano, el olor de la comida coreana, tener que sacarse los zapatos antes de entrar a la casa). Así, mientras que algunas personas adoptarán posturas que justifican los discursos homogeneizadores (“tenemos que hablar castellano porque estamos en la Argentina” o “no tenemos que comer comida coreana porque produce rechazo entre los argentinos”) otras adoptarán posiciones más cercanas a modelos que privilegian la diversidad y convivencia cultural.

Para contrarrestar estos conflictos, surge una fuerte sobrevaloración de la cultura de origen por parte de los adultos, quienes exigen a los jóvenes mantener los hábitos de la coreaneidad: lengua, casamientos endogámicos, comidas y aprendizaje de la historia de Corea, entre otras cosas. En este sentido, las múltiples identidades que emergen en el escenario de la comunidad coreana de Buenos Aires son el producto del diálogo y la consecuente categorización del grupo, y se relacionan de manera directa con la experiencia de la diferencia.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La particular forma de sociabilidad que adoptó la comunidad coreana desde sus orígenes le permitió reproducirse y mantener sus pautas culturales, no sólo creando su propia territorialidad¹⁶ sino también a través de una fuerte intervención de variables como la modalidad de la organización familiar, empresarial y recreativa. Además, esto se realiza y dura en el tiempo gracias a las redes de relaciones con grupos instalados en otros países y con Corea¹⁷.

La estructura comunitaria, simbolizada en el barrio de Baek-ku, ofrece una serie de espacios que permiten desarrollar una vida asociativa intensa a partir de diferentes elementos que facilitan el mantener vivas determinadas prácticas cotidianas. A la vez, esta organización social es la que fomentó el crecimiento económico del grupo, que rápidamente se desplazó a la formación educativa y cultural de los jóvenes.

Sin embargo, constatamos que en nuestro país, todavía existen discursos que, desde posturas asimilacionistas, critican las diferencias que el grupo reivindica. En este sentido, el fenómeno de relaciones interétnicas entre la colectividad coreana y la sociedad argentina nos remite inevitablemente al problema de la aculturación o asimilación de las minorías. La relación entre la

¹⁵ Término que tomamos de Homi Bhabha: “Culture’s in between”, en David Bennet. *Multicultural States. Rethinking Difference and Identity*. Londres, Routledge, 1998.

¹⁶ La territorialidad o “sentido” de territorio está ligada al hecho de la vida en relación, a ese sentido de pertenencia e identidad espacial compartido por un pueblo. Véase, de Susana Sassone y Carolina Mera. “Identidades urbanas y territorialidad. El caso de la migración boliviana y coreana en la Ciudad de Buenos Aires”, en Severino Durin (coordinador). *Op. cit.*

¹⁷ Idea desarrollada en: Carolina Mera. *Globalización e identidades migrantes. Corea y su diáspora en la Argentina* (en prensa).

conformación de una “identidad étnica” minoritaria y el imaginario social global que pretende la asimilación de los particularismos culturales se plantea hoy como un problema político y académico que requiere de nuevas indagaciones y debates¹⁸.

La comunidad coreana de Buenos Aires nos invita a pensar sobre los modelos de aceptación y valoración de las diferencias culturales que reinan en el discurso social, reflexión que en la actualidad debe ser enmarcada en el proceso mundial global, ya que la producción identitaria a partir de una localización espacial permite el reconocimiento de un territorio urbano transnacional en el que estas personas se identifican¹⁹. Si bien los barrios coreanos de San Paulo, Buenos Aires, Los Ángeles o Sídney tienen características propias, todos operan en tanto marco de referencia para cualquier coreano del mundo. Lo mismo pasa con las segundas generaciones de coreanos. Si bien haber crecido en los Estados Unidos, América Latina o Asia Central no es lo mismo, la experiencia de compartir la diferencia y las vivencias biculturales los hace reconocerse como un grupo particular producto de las redes transnacionales. Así, entendemos el modelo de instalación y organización de la comunidad coreana en Buenos Aires como una propuesta inter y bicultural adaptada a un mundo global.

¹⁸ Néstor García Canclini. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Buenos Aires, Editorial Gedisa, 2004.

¹⁹ Leonor Arfuch. *Pensar este tiempo. Espacios afectos, pertenencias*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2005.